

Históricas Digital

María José García Quintana

“¿Por qué hacer una traducción del *Florentino* al español?”

p. 41-48

El universo de Sahagún

Pasado y presente. Coloquio 2005

José Rubén Romero Galván y Pilar Máynez (coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

156 + [XVI] p.

Ilustraciones

(Serie Cultural Náhuatl. Monografías 31)

ISBN 978-970-32-4463-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/484/universo_sahagun.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



¿POR QUÉ HACER UNA TRADUCCIÓN DEL FLORENTINO AL ESPAÑOL?

María José GARCÍA QUINTANA
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

— Oye, me han contado que en la UNAM algunos investigadores van a traducir el *Códice Florentino*, pero...

— Sí, así es; ya lo están haciendo en el Instituto de Investigaciones Históricas; participan académicos de otras instituciones de la UNAM y algunos especialistas más...

— Pero, como te estaba diciendo, no entiendo en qué consiste ese proyecto, porque también he escuchado que ese código ya está traducido...

— A ver, vamos por partes, ¿sabes qué es el *Códice Florentino*?

— No estoy muy seguro, ¿no se trata de una de las obras que escribió fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI?

— Sí y no.

— ¿Cómo es eso?

— Mira, en pocas palabras, fray Bernardino conversó muchas veces con ancianos principales que recordaban lo que, antes de la llegada de los españoles, había sido su vida, su religión, sus costumbres, sus creencias, sus conocimientos, y...

— Y Sahagún escribió todo lo que le contaron, ¿no es así?

— Bueno, materialmente lo ayudaron en eso algunos indígenas egresados del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco que sabían escribir su lengua en caracteres latinos, pero todo se hizo bajo la supervisión del franciscano.

— ¿Y luego? ¿Qué pasó con toda esa información?, rescatada en Tenochtitlan, supongo.

— Pues supones mal, porque Sahagún llevó a cabo la recopilación en tres lugares diferentes. Él residía en Tlatelolco, más o

menos alrededor de la mitad del siglo XVI, cuando recibió la orden de su superior de escribir en náhuatl todo lo que considerara útil para conocimiento de los evangelizadores. El primer lugar a donde lo enviaron para eso fue...

— Espera, ¿por qué en náhuatl?, ¿no eran españoles los evangelizadores?

— Por supuesto, pero en esos años se consideraba importante saber y dominar la lengua de los indígenas para mejor entender su pensamiento y así estar al tanto de lo que era idolátrico, con el fin de suprimirlo y de no dejar pasar prácticas antiguas disfrazadas de cristianas.

— Ajá, ¿y luego?

— Pues, como te decía, en tres lugares realizó su labor de recopilación; primero en Tepepulco, un pueblo que había pertenecido al señorío de Tetzco. En una segunda etapa, de vuelta en Tlatelolco, trabajó con informantes de ese lugar. Y, por último, durante algún tiempo en Tenochtitlan, a solas consigo mismo, revisó y ordenó todos sus papeles, aunque también allí hubo colaboración de algunos ancianos tenochcas.

— En resumen, el resultado de ese trabajo realizado en tres lugares es lo que se conoce como *Códice Florentino*, ¿es eso?

— No, no, no exactamente. Ten paciencia y te explico. Primero déjame decirte que antes de su estancia en el pueblo tetzcocano Sahagún ya había recopilado en Tlatelolco varias piezas retóricas, manifestaciones del lenguaje más elocuente y elegante con el que los antiguos nahuas se referían a diversos asuntos, como por ejemplo las oraciones que dirigían a sus divinidades, discursos que decían los principales, consejos a los jóvenes, etcétera. Y, por otro lado, tenía también registrados los testimonios tlatelolcas de la Conquista.

Ya después, en Tepepulco, para cumplir con la orden que le había dado su superior, estuvo en conversación con algunos ancianos de ese lugar; y durante tres años les planteó muchas preguntas acerca de temas que él había escogido y que llevaba en un cuestionario elaborado previamente.

— Y estos ancianos le iban contestando, ¿verdad?

— Sí, pero además le mostraron pinturas que aún conservaban y se las explicaron, ya que esa era la forma en la que los antiguos

registraban y transmitían sus conocimientos. En esta etapa no fue mucho lo que recopiló Sahagún, digo, en comparación con lo que fue la obra final, pero ese material, valioso de por sí, también dio lugar a las preguntas que más tarde formuló a las personas ancianas de Tlatelolco. ¿No te estoy aburriendo?

— No, para nada, continúa, creo que tenemos tiempo.

— Bien, todo el material de esta etapa se conoce hoy como *Primeros Memoriales*.

Luego, ya en Tlatelolco, Sahagún platicó con personas sabias acerca de lo que había llevado de Tepepulco y, con un cuestionario más amplio, incrementó muchísimo su información. Imagínate, los cuatro capítulos que contenían lo recopilado en el pueblo tetzcocono se transformaron en cuatro libros, y aún añadió un quinto que trataba específicamente de las cosas naturales.

— Y seguramente se llaman *Segundos Memoriales* ¿verdad?

— Bueno, forman parte de ellos, aunque su nombre más conocido es el de *Códices Matritenses*, y se llaman así porque fueron a dar a repositorios madrileños. Pero además, en ese corpus, muy voluminoso por cierto, se encuentran algunos otros documentos correspondientes a otras etapas de trabajo.

Y para acabar ya con este punto, te diré que Sahagún fue a morir al convento de México, a Tenochtitlan. Allí reflexionó, repasó, ordenó su material no una, sino varias veces, lo dividió en libros, los libros en capítulos, algunos capítulos en párrafos, añadió los himnos sacros, el libro de la retórica y el de la conquista de los que te hablé antes; mandó sacar todo en limpio y finalmente, ¡la obra, dividida en doce libros, estaba ya completa!

— ¡Ah, por fin llegamos al *Códice Florentino*! ¿No?

— Pues no, lamento decirte que no precisamente. En primer lugar, has de saber que el documento que contenía los doce libros y que Sahagún había mandado sacar en limpio se perdió.

— Pero ¿qué dices! Entonces los doce libros que fray Bernardino dio por terminados ¿no constituyen el *Códice Florentino*? Y además, ¿no es ésta su obra más conocida y famosa? Por favor, no me tengas en ascuas...

— Calma, voy a tratar de contestar tus dos preguntas. Antes que nada, ¿recuerdas que al principio me preguntaste que si el *Códice Florentino* era una de las obras que Sahagún había escrito en el

siglo XVI y que yo te contesté que sí y no? Esta aparente contradicción la resolveremos más adelante, sólo tenlo en mente.

Ahora, ¿que si este códice puede considerarse el más conocido y famoso?, bueno, depende; si te refieres en términos generales a todo mundo, puede ser que tengas razón, pero en el ámbito de los estudiosos de la cultura náhuatl, todo lo que recopiló Sahagún, los *Primeros Memoriales*, los *Códices Matritenses*, así como otros materiales, son tan conocidos e importantes como el *Códice Florentino*.

— ¿Por qué son importantes?

— Pues por la sencilla razón de que algunos asuntos, muchos en realidad, no pasaron al *Florentino* y además los manuscritos anteriores están llenos de observaciones de Sahagún, importantísimo todo ello para comprender la obra completa.

— Bueno, ahora sí, aclárame lo de los doce libros. Afirmas que el manuscrito en limpio se perdió, pero, según dicen, el *Códice Florentino* tiene doce libros. No entiendo, ¿se trata de otros libros?

— No, mira, y con esto intentaré contestar a tu otra pregunta, aunque te advierto que lo haré lo más escuetamente posible pues quizá no hay tiempo para mucho, porque lo que aconteció con los manuscritos de Sahagún, es una historia larga y compleja. En resumen, lo que pasó fue esto: la buena estrella que lo había acompañado durante años de trabajo, dejó de alumbrarle...

— ¡Cómo! Pues ¿qué le sucedió?

— Mmm... quizá en realidad habría que preguntarse qué estaba sucediendo dentro de la orden franciscana en la Nueva España y qué había sido de sus intenciones del principio de recrear entre los indios el espíritu del cristianismo primitivo... Pero esa es otra historia larga de contar, lo que interesa que sepas aquí es que en 1570, un año después del capítulo o reunión que hubo en la provincia franciscana del Santo Evangelio algunos de los participantes le retiraron a Sahagún toda ayuda con el pretexto de que se gastaba mucho en escribientes. Aunque algunos lo defendieron, ganó la posición adversa y condenaron al fraile —¡un hombre de setenta años que no tenía dominio de su pulso!— a que continuara solo si quería, y para colmo, le confiscaron sus escritos y los dispersaron en diferentes conventos. Es posible, aunque no seguro, que aquellos doce libros que Sahagún había terminado

con tanto trabajo, se hayan extraviado después de la confiscación y dispersión.

— ¿Qué hizo entonces Sahagún? ¿Se desanimó?

— Oh, no, este hombre no era de los que se rinden fácilmente. Sin dudar de lo que hacía y consiguiendo, quién sabe cómo, ayuda para la escribanía se puso a redactar un *Sumario* y un *Breve compendio* para enviarlos a Europa y ver si allá, en la corte española y en la corte papal, encontraba quien le favoreciera.

— ¿Y...? ¿Lo consiguió?

— ¡Por supuesto! La constancia y la fe que tenía en la bondad de su empresa lograron que su buena estrella volviera a brillar. Por lo menos en España, ya que del Papado no tuvo respuesta alguna. Sin embargo, el apoyo no fue inmediato. Entre cuatro y cinco años después del envío, un nuevo comisario general de la orden franciscana, llamado Rodrigo de Sequera, llegó a la Nueva España con la orden, de parte nada menos que del presidente del Consejo de Indias, para que Sahagún volviera a escribir todo y lo tradujera al castellano.

— Ah, pero, ¿cómo iba él a cumplir con ese mandato si le habían decomisado todos sus papeles?

— Afortunadamente, en 1574 el comisario anterior había ordenado recoger los escritos que se hallaban dispersos junto, es posible, con copias que se hubieran sacado del manuscrito perdido, y devolvió todo a Sahagún para que pudiera seguir con su trabajo, pero sin poder brindarle otra ayuda.

— ¿Quién lo ayudó entonces? Porque sí cumplió la orden ¿no?

— ¡Claro que sí! Fue el mismo Rodrigo de Sequera el que le procuró todo lo necesario. Y así, entre 1575 y 1577, con epidemia de por medio, Sahagún llevó a cabo la encomienda. Escrito a dos columnas, la derecha para el náhuatl, la izquierda para el español y bellamente ilustrado había nacido, ahora sí, el *Códice Florentino*.

— ¡Vaya, por fin! Sí que tardaste en decirlo... aunque no has mencionado por qué se llama *Códice Florentino*. ¿Acaso porque está en Florencia?

— ¡Acertaste! A esa ciudad italiana fue a dar por razones más de política que de otra cosa, pues se presume que fue un obsequio que le hizo Felipe II a Francisco de Medici.

— ¿Me explicas ahora lo del sí y el no que me contestaste cuando te dije que creía que el *Códice Florentino* era la obra que Sahagún había escrito en el siglo XVI?

— Desde luego, pero, en realidad creo que está clarísimo... Mira, a Sahagún se debe la concepción del proyecto, la elaboración de los cuestionarios, la estructura de la obra, el ordenamiento en doce libros, su traducción al español, en fin, el enorme trabajo que todo esto significó, pero ¿no le concederías tú autoría a los ancianos indígenas que accedieron a platicar con él, a contestar las preguntas que les hizo, a explicarle sus pinturas? Allí tienes la razón del sí y el no. El *Códice Florentino* es obra de Sahagún y de sus informantes, no sólo de él.

— Bien, bien, ya entendí... Ahora deja que yo me anote un tanto. La traducción de Sahagún que está en la columna de la izquierda del *Códice Florentino* es lo que se conoce como *Historia general de las cosas de Nueva España* ¿verdad?

— ¿Lo ves? No andas tan confundido. Ya estaba yo temiendo que me dijeras que se trataba de otra obra de Sahagún. ¿Quieres saber cómo fue que se publicó?

— No, si hay tiempo me lo cuentas después. Lo que quiero es que contestes a mi inquietud inicial, y más con lo que me has dicho... ¿Por qué hacer una traducción al español del *Códice Florentino*, si existe la versión de Sahagún y además está publicada? ¿No basta con esto? ¿No sabía él suficiente náhuatl como para esperar de su parte una buena traducción? ¿O qué?

— ¡Uy! Lo que has dicho puede sonar a herejía. Claro que sabía perfectamente la lengua indígena, sin embargo, hay que considerar su traducción como una paráfrasis del texto náhuatl.

— ¿Paráfrasis? ¿Qué es eso...?

— Te noto impaciente... calma. Para explicar esto con palabras sencillas es necesario primero imaginar cuáles fueron los propósitos de Sahagún para hacer su traducción, aparte del muy obvio de cumplir con la orden que le había sido dada. Hay que entender que él tenía que hacer comprensible para los lectores de habla española una realidad muy distinta a la europea. La religión, la organización política, las formas económicas o la sociedad de los nahuas, resultaban extrañas, si no es que del todo ajenas, a la cultura hispana. Entonces Sahagún tuvo que acudir a comparaciones, a

añadir vocablos que ampliaban el sentido de palabras o frases del náhuatl, a utilizar expresiones que él creía encontrar semejantes en el español a las del idioma indígena y que se referían a conceptos o realidades nahuas. Por eso se dice que la traducción de Sahagún es una versión parafrástica. Te pongo un ejemplo: cuando los informantes dicen, refiriéndose a Xiuhtecuhtli, “el que está en el ombligo de la tierra, el que se está levantando...”, Sahagún traduce simplemente: “el señor del fuego”; y sí, es correcto el sentido, pero ¿ves cómo ha sustituido una metáfora cargada de significado por un simple señalamiento del dios del fuego?

Sería cosa de nunca acabar si te comentase todos los casos en los que Sahagún sustituyó o redujo expresiones del náhuatl para hacerlas comprensibles en el español. Con todo lo dicho, ¿no crees que hay buenas razones para traducir el *Códice Florentino*?

— Pues sí, me estás convenciendo...

— Y además de esto, que implica en cierta forma una interpretación de Sahagún, él suprimió o resumió en su traducción considerables partes del documento náhuatl.

— ¿Y por qué las suprimió o las redujo?

— Dio varias razones para ello; una, porque pensó que ciertos asuntos no eran de interés general o porque lo tenían puramente lingüístico; otra, porque a algunos los calificó de sumamente idolátricos y, por tanto, peligrosos; una más, porque no pudo hacerlo.

— ¿No pudo hacerlo?

— Pues no, es el caso, por ejemplo, de los himnos a los dioses, escritos, según él, en un lenguaje “endiablado”, es decir, oscuro, difícil, críptico, pues.

— Y los que intentan hacer la traducción ¿van a poder con ese lenguaje “endiablado” al que te refieres?

— Ya se verá. Creo que los estudios que se han hecho sobre religión, sobre mitología y sobre el propio lenguaje van a ayudar mucho; ha corrido ya bastante agua desde los tiempos de Sahagún.

Ahora, has de saber que durante el siglo pasado se tradujeron al español algunas partes (seguramente se tomarán en cuenta) y, por otro lado, que existe una traducción al inglés de la obra completa.

— ¿Al inglés? ¿Por qué al inglés y no al español? ¿Y quién la hizo?

— ¿Lo podrás creer? La hicieron sólo entre dos estudiosos norteamericanos que sabían náhuatl, por eso tardaron en terminarla cerca de catorce años. Hay que decir que su esfuerzo tuvo mucho mérito; por ejemplo, la paleografía que realizaron es casi excelente y las notas críticas que la acompañan son de gran utilidad; sin embargo, su traducción no lo es tanto: a veces dejaron pasar algunas expresiones o entendieron mal otras y, a saber cuál fue la razón para hacerlo, quisieron darle un tono de autenticidad adoptando formas del inglés arcaico; hay, pues, que tomar su traducción con pinzas. Y no me preguntes por qué no se había hecho una traducción al español, no tengo respuesta para ello.

— Ha sido un poco vergonzoso ¿no?

— Pues sí, pero ya se está ahora en eso. Creo que se comenzará por volver a hacer la paleografía...

— Ah, ¿y van a ir a Florencia a consultar el manuscrito? ¡Qué envidia!

— No, no van a ir, no será necesario pues el Archivo General de la Nación publicó un excelente facsímil al que sólo le haría falta el olor a viejo.

— Una última pregunta: Cuando ya haya sido traducido completamente el *Códice Florentino*, ¿se podrá prescindir de la *Historia general de las cosas de Nueva España*?

— ¡No, no digas eso! Me olvidé de decirte que además de todas las modificaciones, palabras añadidas, supresiones, incluso cambios de sentido, que Sahagún introdujo, agregó mucha información a la que proporciona el texto náhuatl del *Códice Florentino*, de manera que se puede decir que estamos ante dos fuentes que tratan en lo esencial de lo mismo, que tienen sus diferencias, pero que, con todo, se complementan.

— ¡Uf, qué bien! Ya me veía yo regalando mi *Historia general*. En fin, creo que ya te he quitado mucho tiempo, disculpa...

— No digas nada; espero haber satisfecho tu inquietud, aunque en verdad, me faltó mucho por decir...

— De todos modos me diste más información de la que esperaba. Oye, ¿y vas a ir al coloquio sobre Sahagún?

— ¡Claro! ¿vienes también?

—...

— Entonces démonos prisa, pues ya ha de haber comenzado.